

Sección 4

Feminismo comunitario como concepto

El término "feminismo" en América Latina ha sido objeto de controversia, vinculado tanto a luchas por derechos fundamentales como a tensiones culturales. Como indica Gargallo (2012), ha sido definido mayormente por sectores urbanos, generando una desconexión con las mujeres en contextos rurales y comunitarios. En estos entornos, las luchas por equidad de género se mezclan con la defensa de la tierra y la supervivencia frente a la violencia, lo que ha llevado a muchas mujeres a desarrollar prácticas de resistencia que, aunque no se identifiquen como feministas, cuestionan las dinámicas patriarcales y capitalistas que las oprimen.

Hablar de feminismo es abordar una perspectiva crítica que no solo cuestiona las desigualdades de género, sino que también interpela las jerarquías sociales, raciales y económicas que sostienen estas desigualdades. El feminismo se ha convertido en una herramienta para analizar cómo el poder patriarcal se manifiesta en diferentes ámbitos de la vida social. Como señala Estébanez (2012), el feminismo es un "proceso histórico que busca la transformación de las relaciones de poder" (p.45). Este enfoque permite a los movimientos feministas en América Latina conectar la lucha por los derechos de las mujeres con las demandas por justicia social y equidad, enfrentándose no solo al patriarcado, sino también a la explotación económica y la opresión racial.

El feminismo en América Latina está compuesto por múltiples voces y luchas que varían según el contexto social y cultural. Esta pluralidad ha permitido que el feminismo responda a necesidades específicas de mujeres rurales, urbanas, indígenas y afrodescendientes. Como sugiere Jaramillo (2018), las distintas corrientes feministas en la región han sabido integrar las demandas de justicia de género con las luchas históricas por la defensa de los recursos y los territorios.

El feminismo comunitario surge como una respuesta a las limitaciones del feminismo institucional o "de saco y corbata", particularmente en contextos donde las luchas de las mujeres están profundamente ligadas a la defensa de sus territorios y culturas. Según Zulver (2022), el feminismo en América Latina, lejos de ser uniforme, refleja una diversidad de experiencias atravesadas por la clase y las luchas locales. Esta idea de lo comunitario, adoptada por muchas mujeres indígenas y campesinas, rechaza las estructuras formales del feminismo hegemónico para enfatizar una práctica feminista más contextualizada, enraizada en la defensa de identidades locales y étnicas. El feminismo comunitario se define como una lucha colectiva y territorial que nace desde las experiencias de las mujeres en sus comunidades, donde la opresión de género no se puede separar de otras formas de opresión como el colonialismo, la explotación económica o psicológica (Paredes, 2010).

En Colombia, el feminismo comunitario ha adquirido especial relevancia en las zonas afectadas por el conflicto armado, donde las mujeres no solo han sido víctimas de múltiples formas de violencia, sino que también han emergido como líderes en la organización y resistencia de sus comunidades. Según Wills y Rivera (2009), estas mujeres desarrollan estrategias colectivas que enfrentan tanto la violencia directa como las violencias estructurales.

Cuando las mujeres se organizan, están construyendo poder colectivo y generando espacios de empoderamiento, incluso si no lo denominan explícitamente "feminismo". En zonas de conflicto como el Catatumbo, el acto de reunirse y crear redes entre mujeres permite enfrentar formas directas de violencia como el reclutamiento a sus hijos e indirectas como el machismo enquistado en su cultura. Muchas mujeres no se identifican con el término "feminista", pero sus acciones colectivas y demandas por equidad y justicia social son, en esencia, prácticas feministas (Zulver, 2022, p.176).

¿Feminismo catatumbero?

Asumirse feminista en el Catatumbo puede representar varios riesgos para las mujeres campesinas: aislamiento social, estigma-

tización y el rechazo dentro de sus comunidades, así como una mayor exposición a la violencia por parte de actores armados. En primer lugar, el contexto rural y conservador implica que el feminismo puede percibirse como una amenaza a las estructuras tradicionales de género. Tal como menciona Zulver (2022), muchas mujeres que luchan por sus derechos en contextos de alta violencia no se identifican como feministas porque este término puede alienarlas dentro de sus comunidades. En el Catatumbo, el reconocimiento de una mujer como feminista puede traducirse en un estigma que provoca su aislamiento social o la ruptura con redes de apoyo comunitario indispensables para su seguridad y sustento. En este contexto, donde las mujeres han sido históricamente relegadas al ámbito doméstico, asumir una postura feminista puede ser interpretada como una subversión del orden establecido, lo que coloca a estas mujeres en una posición de vulnerabilidad no solo frente a sus pares, sino también ante actores armados y otras figuras de autoridad local.

Además de la violencia directa, el reconocimiento como feminista también conlleva el desafío de enfrentarse a una doble opresión: por un lado, la del patriarcado que opera en las estructuras sociales y culturales de la comunidad, y por otro, la del conflicto armado que perpetúa dinámicas de violencia y control. Según Paredes (2010), el feminismo comunitario busca desafiar no solo la opresión de género, sino también las estructuras de poder que subordinan a las mujeres dentro de un sistema colonial y patriarcal. En el Catatumbo, estas mujeres deben resistir tanto las expectativas tradicionales de género como las imposiciones de actores violentos, lo que añade una capa adicional de riesgo a su reconocimiento como feministas.

No obstante, el feminismo comunitario no se trata solo de luchar por la igualdad de género, sino también de liberar a las mujeres de las opresiones estructurales que las atan a un sistema patriarcal (Paredes, 2010). En el Catatumbo, este feminismo en comunidad ofrece a las mujeres un espacio donde pueden compartir sus experiencias, apoyarse mutuamente y organizarse para enfrentar tanto la violencia directa del conflicto armado como las formas de violencia estructural que las oprimen. El feminismo, cuando se practica en comunidad, permite a las mujeres campesinas crear redes de apoyo

que no solo les brindan seguridad, sino también una vía para transformar su realidad.

En este sentido, las acciones pequeñas y cotidianas, cuando se realizan en comunidad, adquieren una dimensión liberadora. El feminismo en comunidad permite que las mujeres campesinas del Catatumbo encuentren en otras mujeres una fuente de fortaleza y poder colectivo. Zulver (2022) señala que estas redes comunitarias son esenciales para las mujeres que viven en zonas de conflicto, ya que les proporcionan un respaldo emocional, social y, en muchos casos, económico. En el Catatumbo, este apoyo colectivo es vital para que las mujeres puedan resistir tanto las presiones patriarcales como la violencia armada que las rodea.